

Jesús García Ch.

Los capuchinos en su aniversario

Cien años haciendo fronteras

RAICES DE UNA PRESENCIA

Siglo XIII. Tiempo de emperador, señores feudales, burguesía naciente, comunas democráticas, laicos pobres y predicadores, señorío (cuestionado) de obispos y abades, caballeros y juglares. En Asís, ciudad italiana, surge un joven que fue bautizado Juan —profeta y evangelista—, llamado Francesco —por Francia, la de los grandes mercados y las telas finas— por su padre, y apodado, luego, el Pobrecillo, por su vida y la de sus compañeros. El sólo quiere vivir el Evangelio, la buena noticia que el Pobre de Nazaret vino a traer a los empobrecidos de toda la tierra. Pronto Francesco tiene a su alrededor un puñado de seguidores que se va haciendo multitud. Viven del trabajo manual, predicán el Evangelio por calles y plazas, andan siempre de dos en dos, disfrutan del contacto con la hermana madre tierra y del encuentro con otros compañeros. Hermanos entre sí y hermanos de todo y de todos, especialmente de los leprosos y los musulmanes. Una explosión evangélica, una cruzada de frescura y esperanza que, a tientas, va cruzando los siglos.

Siglo XVI. Tiempo de monarquías absolutas, invasión de América, consolidación del imperio español, epidemias en Europa, reformas y rupturas en la Iglesia: Ignacio y Teresa en España, Lutero en Alemania... Mateo de Basco y un puñado de frailes italianos quieren reeditar la propuesta del Pobre de Asís. Dejan los grandes conventos y salen a llevar la buena noticia por campos, calles y plazas. Quieren devolver el Evangelio a la simplicidad original. Son perseguidos y presionados. Perseveran en su intento. Surge el movimiento capuchino. Los frailes de barba, sandalias y pardo sayal, con amplia capucha, son bautizados por el pueblo: capuchinos, frailes 'encapuchados'. Continúa la aventura franciscana.

Siglo XVII: Se prolongan las pinceladas históricas del siglo anterior. En ese mundo colonial, de enfrentamiento entre el imperio español y los piratas de nord-europa, de sistemático sometimiento de los indígenas americanos y despiadada explotación de los esclavos negros, un antiguo militar, Tiburcio Redín 'en el mundo', Fr Francisco de Pamplona en la Orden, hombre de nave y empresa, hermano lego, viendo frustrado un intento de fundación en la isla de Granada —que había sido tomada por los franceses— pasa a nuestra Margarita y desde aquí, por consejo del Gobernador, a Cumaná. Comienzan más de tres siglos de presencia ininterrumpida de los capuchinos en Venezuela. Siempre empeñados en servir a los indígenas. Siempre en conflicto con los atropelladores de los derechos indígenas, especialmente con los encomenderos. De uno de estos es la frase: "Tan perros son los capuchinos como los indios".

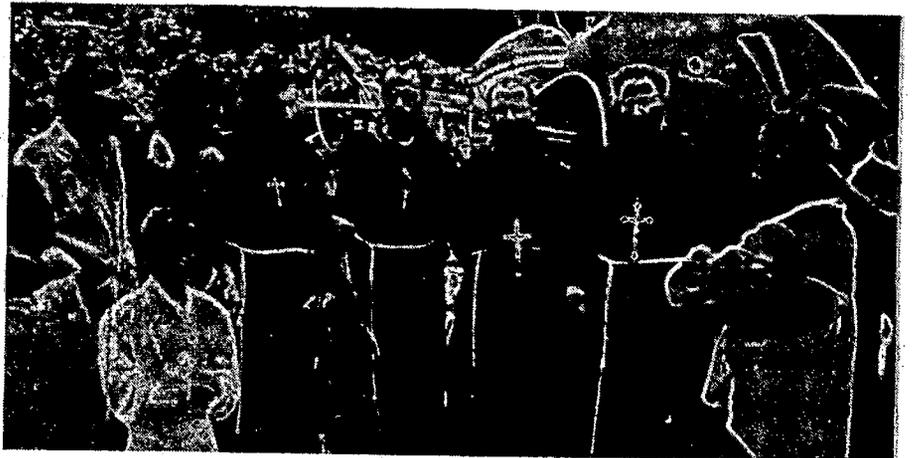
Siglo XIX: Tiempo de revoluciones, luchas, independencias y caudillismo. En Venezuela, medio siglo lo ocupa Bolívar y la otra mitad los caudillos, hombres ávidos de poder, conductores de bandadas armadas. Años de guerra y guerrillas. Los criollos se adueñan del poder y la Venezuela parda continúa sometida —negros,

indios y demás morenos— Los misioneros capuchinos, unos por fidelidad a la monarquía, otros por fidelidad a la causa indígena, son obstáculo a remover. La guerra independentista barre con la labor misionera. El mismo Bolívar, queriendo reparar el daño hecho, da en 1828 dos decretos para la restauración de las misiones. En 1842 hubo un primer intento de reorganizar la acción misional: vino una expedición de capuchinos que, dada la inestabilidad del gobierno y la escasez de clero en las ciudades, no pudieron ir a zonas indígenas. Algunos hicieron de relevo en las parroquias, otros prefirieron volver a España; o indígenas o nada. Entre los frailes que decidieron quedarse en Venezuela destacan Olegario de Barcelona —primer párroco de la Divina Pastora, Caracas—, Gaspar de los Arcos —hizo la iglesia de Maiquetía—, Manuel Ma. de Aguilar —construyó la iglesia de Antimano—, José de Maraury —en Petare—, Nicolás de Odena —en Cantaura— y Esteban de Barcelona —edificó la iglesia de la Candelaria, Caracas—.

FIDELIDAD A UNA PASION

Fr Olegario de Barcelona conoció en Oriente al último capuchino 'colonial', Fr. Tomás de Castellesás, entre 1842 y 1851. El mismo Olegario recibe, medio siglo más tarde, a los capuchinos que vienen a restaurar la presencia de los hombres de pardo sayal en las zonas indígenas. El primer párroco pastoreño fue el puente entre los capuchinos de la época colonial y los que inauguraron los cien años de labor que este año celebramos.

Nueve de Diciembre de 1891. Llegan a Caracas ocho capuchinos. Son los primeros religiosos que llegan a Venezuela después de la exclaustración de Guzmán Blanco (1874). Ya



habían venido las HH. de San José de Tarbes (1889) y las HH. de la Caridad de Sta. Ana (1890). En la restauración de la vida religiosa en Venezuela primero fue Eva.

Durante la época colonial correspondió a Cataluña, Andalucía y Aragón —con ayuda de navarros y valencianos— enviar capuchinos para colaborar en la evangelización de Venezuela. Ahora el turno era de Castilla. Los ocho frailes eran la vanguardia. Fueron hospedados en S. Francisco, La Pastora y La Merced —templos caraqueños— hasta que el último les fue entregado como residencia fija. La casa adjunta a la Iglesia de Ntra. Sra. de Las Mercedes se convirtió en el epicentro de la acción capuchina, como siempre, orientada preferencialmente hacia los indígenas.

En 1894 el gobierno publicó la resolución que declaraba las regiones del Delta Amacuro, Caura y Territorio Amazonas como misiones católicas, y encargaba dichas misiones a los capuchinos, que en número de 50 las atenderán. La resolución se quedó engavetada.

En 1895 dos frailes hicieron una excursión apostólica por el Caura, para estudiar la factibilidad de la Misión de Guayana. Caminaron y navegaron durante cinco meses.

En 1898, durante una epidemia de varicela en Caracas, los frailes sirven como enfermeros y sacerdotes, a los enfermos confinados en El Rincón del Valle y La Victoria.

Mientras llega la hora de los indígenas los frailes van fundando en la ruta misionera casas que funcionen como puestos de apoyo. En 1990 se establecen en el Convento de la Plaza Baralt de Maracaibo. En 1912 toman posesión de otro convento colonial franciscano, en Valencia. En 1915 se abre la residencia de Cumaná.

En 1918 otros dos frailes —Bienve-

nido de Carucedo y Arcángel de Valdivia— realizan un viaje de exploración por Guayana. En 1922 nace el Vicariato del Caroní. El primer obispo será uno de los exploradores —Bienvenido— y tendrá su sede en Upata. Los capuchinos trabajarán en un área de 145.000 kilómetros cuadrados, animando pastoralmente a los indígenas guaraos —en el Delta— y a los criollos de las parroquias incluidas en el Vicariato, algunas de ellas fundadas en el siglo XVIII por los capuchinos catalanes: Upata, Guasipati, Tumeremo...

En 1929 otra pareja frailluna — Nicolás de Cármes y Ceferino de la Aldea— se lanzan a una excursión por la antigua ruta de los frailes catalanes, dejando atrás sus huellas y adentrándose en lo desconocido. Suben "La escalera" y exploran la zona de la Gran Sabana. Un "paseo" de dos meses y medio. El informe que presentan, dando testimonio de la invasión de la región por parte de guyaneses ingleses, crea inquietud en el Gobierno y éste apoya la pronta fundación de centros misionales. El primero es Santa Elena de Uairén —abril de 1931—. Ahora los pemones también tienen entre ellos a los hombres de pardo sayal.

Entre 1922 y 1957 son fundados unos diez centros misionales entre el Delta Amacuro y la Gran Sabana. Diez lugares de encuentro para los amigos de tres siglos: indígenas y capuchinos.

En la zona del Zulia la historia sigue similar curso. Ya en 1919 los capuchinos estuvieron por Machiques, pero llamados —en 1922— a unirse al recién creado Vicariato del Caroní, dejaron el terruño perijanero. En 1939, dos nuevos exploradores de barba y sandalias se lanzan a la aventura y recorren parte de la Sierra de Perijá. En 1943 nace el Vicariato Guajira-Perijá, con sede en Machiques. Su

primer obispo: Mons. Angel Turrado. En 1945 dos frailes —siempre haciendo fronteras— llegan al valle del río Tukuko, en la Sierra perijanera: Cesáreo de Armellada y Primitivo de Noga-reja. Estaban en una encrucijada que sería muy importante en los siguientes años: un lugar en el cual se encontrarían los yukpas, los bari —conocidos como motilones— y los criollos, en un drama de sangre y fuego. Poco a poco, con mucho esfuerzo, creatividad y coraje, fueron surgiendo los centros misionales de la zona: Tukuko, Ayapa, Sirapta, Saimadoyi y Bog-sí, en Perijá; y Sinamaica, Guarero y Guana, en la Guajira, otra geografía —semidesértica—, otra etnia —wayú— y otra problemática. Pero siempre el mismo empeño: ser hermanos desde la Buena Noticia de Jesús de Nazaret.

En estos cien años la predilección de los frailes capuchinos han sido los pueblos indígenas —coherente actitud de los herederos del Pobre de Nazaret, el Pobrecillo de Asís y los barbudos de la colonia—. Por esto fueron sembrando centros misionales en la periferia de Venezuela y, como dijo Duarte Level, haciendo nuestras fronteras.

La labor misionera de los capuchinos ha tenido luces y sombras. Esta es una buena ocasión para pedir perdón al Padre Bueno y a los hermanos indígenas por los errores cometidos y por las omisiones habidas. Es buena oportunidad para evaluar y reorientar la presencia de los frailes entre los hermanos predilectos. Es hora de dar gracias a Dios y a los dueños originales de esta tierra, por los pasos dados en el proceso de defender vida, tierras y culturas, y de crear una iglesia con rostro y gestos propios.

Hoy se han renovado las amenazas de la sociedad criolla contra las etnias venezolanas: hacendados, madereros, petroleros, mineros, y promotores de turismo, entran a saco en territorios pertenecientes, desde tiempo inmemorial, a comunidades indígenas que reclaman el reconocimiento legal de sus posesiones, para detener el proceso de invasión y despojo iniciado en 1492. La auténtica celebración de la historia debe traducirse en compromisos de liberación de los oprimidos. Los retos continúan: indígenas y misioneros necesitamos aliados. Esta revista es una buena plataforma de convocación. Que la buena noticia de Jesús, Francisco y los veteranos misioneros se traduzca en solidaridad con nuestros hermanos amenazados.

